

EVALUACIÓN DE BACHILLERATO

PARA EL ACCESO A LA UNIVERSIDAD (EBAU)

FASE GENERAL

CURSO 2017–2018

MATERIA: LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA II		(1)
Convocatoria:	JUNIO	

OPCIÓN A

“La soledad”. Julio Llamazares

Publicado en *El País* el 17 de febrero de 2018

Cada vez hay más gente que vive sola, y de ella la mayor parte son personas mayores. En los países más desarrollados principalmente, la anomalía ya es epidemia y un problema que afecta cada vez más a las sociedades y a los Gobiernos, que ven cómo se disparan las psicopatías derivadas de él así como el gasto público encaminado a su amortiguamiento.

Hay una idea perversa que identifica modernidad con desinterés familiar, alentada por un capitalismo feroz más que por un verdadero cambio moral de la sociedad. Las condiciones a las que el trabajo obliga, más que la conversión de la virtud de la compasión en rémora, ha hecho que desde hace ya tiempo en los países desarrollados los ancianos hayan sido apartados del centro de la vida y desprovistos de la atención de sus familiares. Abandonados en casas en las que se mueren solos (y no es una exageración: la última, una anciana esta semana en León, hallada dos meses después de morir) o en residencias que son auténticos guardamuebles de viejos, esperan a Godot mirando la televisión y aguardando las horas de las comidas, lo único que les pauta el día y les distrae de su aburrimiento. La visita de sus hijos los domingos, si es que se da, lejos de consolarlos de su soledad la acrecienta.

En algunos países, como Reino Unido, la situación ha llegado a tal punto que el Gobierno ha creado un Ministerio de la Soledad. Nada que ver con el de la Felicidad de Bután. El Ministerio de la Soledad británico (en realidad una Secretaría de Estado) lo que pretende es solucionar un problema que cada vez se hace mayor y que sobre todo cada vez comporta más gasto público; un gasto que va *in crescendo* a la par que el número de personas mayores que viven solas y que dependen de la atención del Estado. La bola de nieve es ya tan enorme que las cifras de inversión en dependencia se disparan, lo que ha hecho saltar todas las alarmas entre los responsables del tema. O se le pone remedio o el gasto público en soledad acabará por ser el mayor de los presupuestos.

En cualquier caso, lo que menos preocupa al Gobierno británico, parece, es el problema humano de fondo. Por encima de las cifras económicas, el problema de la soledad tiene una dimensión humanista que debería importar más que aquellas, entre otras cosas porque a todos nos afecta o nos terminará afectando. La soledad, la gran patología de nuestro tiempo, no es una idea romántica que hasta puede resultar atractiva en la voz de ciertos poetas sino ese jardín vacío en el que nada crece ni va a crecer excepto la pena.

Pregunta 1. Análisis y comentario del texto propuesto.

Pregunta 2. Posicionamiento crítico personal sobre las ideas defendidas por el autor.

EVALUACIÓN DE BACHILLERATO

PARA EL ACCESO A LA UNIVERSIDAD (EBAU)

FASE GENERAL

CURSO 2017–2018

MATERIA: LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA II		(1)
Convocatoria:	J U N I O	

OPCIÓN B

Dueña por primera vez de su destino, Ángela Vicario descubrió entonces que el odio y el amor son pasiones recíprocas. Cuantas más cartas mandaba, más encendía las brasas de su fiebre, pero más calentaba también el rencor feliz que sentía contra su madre. «Se me revolvían las tripas de sólo verla -me dijo-, pero no podía verla sin acordarme de él.»

Su vida de casada devuelta seguía siendo tan simple como la de soltera, siempre bordando a máquina con sus amigas como antes hizo tulipanes de trapo y pájaros de papel, pero cuando su madre se acostaba permanecía en el cuarto escribiendo cartas sin porvenir hasta la madrugada. Se volvió lúcida, imperiosa, maestra de su albedrío, y volvió a ser virgen sólo para él, y no reconoció otra autoridad que la suya ni más servidumbre que la de su obsesión.

Escribió una carta semanal durante media vida. «A veces no se me ocurría qué decir -me dijo muerta de risa-, pero me bastaba con saber que él las estaba recibiendo.» Al principio fueron esquelas de compromiso, después fueron papelitos de amante furtiva, billetes perfumados de novia fugaz, memoriales de negocios, documentos de amor, y por último fueron las cartas indignas de una esposa abandonada que se inventaba enfermedades crueles para obligarlo a volver. Una noche de buen humor se le derramó el tintero sobre la carta terminada, y en vez de romperla le agregó una posdata: «En prueba de mi amor te envío mis lágrimas». En ocasiones, cansada de llorar, se burlaba de su propia locura. Seis veces cambiaron la empleada del correo, y seis veces consiguió su complicidad. Lo único que no se le ocurrió fue renunciar. Sin embargo, él parecía insensible a su delirio: era como escribirle a nadie.

Una madrugada de vientos, por el año décimo, la despertó la certidumbre de que él estaba desnudo en su cama. Le escribió entonces una carta febril de veinte pliegos en la que soltó sin pudor las verdades amargas que llevaba podridas en el corazón desde su noche funesta. Le habló de las lacras eternas que él había dejado en su cuerpo, de la sal de su lengua, de la trilla de fuego de su verga africana. Se la entregó a la empleada del correo, que iba los viernes en la tarde a bordar con ella para llevarse las cartas, y se quedó convencida de que aquel desahogo terminal sería el último de su agonía. Pero no hubo respuesta. A partir de entonces ya no era consciente de lo que escribía, ni a quién le escribía a ciencia cierta, pero siguió escribiendo sin cuartel durante diecisiete años.

Un medio día de agosto, mientras bordaba con sus amigas, sintió que alguien llegaba a la puerta. No tuvo que mirar para saber quién era. «Estaba gordo y se le empezaba a caer el pelo, y ya necesitaba espejuelos para ver de cerca -me dijo-. ¡Pero era él, carajo, era él!» Se asustó, porque sabía que él la estaba viendo tan disminuida como ella lo estaba viendo a él, y no creía que tuviera dentro tanto amor como ella para soportarlo. Tenía la camisa empapada de sudor, como lo había visto la primera vez en la feria, y llevaba la misma correa y las mismas alforjas de cuero descosido con adornos de plata. Bayardo San Román dio un paso adelante, sin ocuparse de las otras bordadoras atónitas, y puso las alforjas en la máquina de coser.

-Bueno -dijo-, aquí estoy.

Llevaba la maleta de la ropa para quedarse, y otra maleta igual con casi dos mil cartas que ella le había escrito. Estaban ordenadas por sus fechas, en paquetes cosidos con cintas de colores, y todas sin abrir.

(Gabriel García Márquez, *Crónica de una muerte anunciada*)

Pregunta 1. Análisis y comentario del texto propuesto.

Pregunta 2. En la obra de García Márquez la sexualidad cumple una función principal en los roles de género (especialmente, la virginidad en relación con el honor familiar). ¿Este tipo de visión de la sexualidad sigue funcionando en las relaciones familiares y de pareja actualmente?